

# LA LIBERTAD Y LA COMPRENSIÓN HISTÓRICA. LOS LÍMITES DE LA HISTORIA CONTRAFACTUAL

Víctor Hugo Palacios Cruz

**Resumen:** El pensamiento de la historia se debate entre los encantos del racionalismo y las fatigas del escepticismo. El determinismo es uno de sus legados. Contra él se erige el contrafactualismo de Niall Ferguson, basado en la teoría científica del caos. La pregunta «¿qué hubiera pasado si...?» se ofrece como un método que reivindica la libertad y la contingencia, al afirmar la pluralidad de caminos que enfrenta cada acto. Sin embargo, presenta el reparo de apoyarse no en la radicalidad subjetiva de la elección, sino en la complejidad de las sucesiones en cada encrucijada de la vida, semejante a la de los fenómenos físicos. Para Ferguson, el determinismo histórico es inviable por la limitación del cálculo, no por la naturaleza de lo humano. La caos-historia supone, pues, la multiplicación del determinismo y una poderosa tentación para una historia más imaginativa que real.

**Palabras clave:** Historia contrafactual, filosofía de la historia, libertad, determinismo, caos, causalidad

**Abstract:** History thinking is torn between the charms or rationalism and the fatigues of skepticism. Determinism is one of its legacies. Against it, Niall Ferguson's contra-factualism based in the scientific theory of chaos is raised. The question «what would have happened if...?» offers itself as a method that vindicates freedom and contingency as it affirms the plurality of paths that each action faces. Nevertheless, it opposes the restraint of supporting itself not on the subjective radicality of the choice, but on the complexity of successions at each crossroad of life, similar to those of physical phenomena. For Ferguson, historical determinism is nonviable which is due to the limitations of calculation not to the nature of what is human. Chaos-history implies, therefore, the multiplication of determinism and a powerful temptation for a more imaginative than real history.

**Key words:** Contra-factual history, philosophy of history, freedom, determinism, chaos, causality

**Sommaire:** La pensée de l'histoire se débat entre les charmes du rationalisme et les fatigues du scepticisme. Le déterminisme est un de ses héritages, contre lequel le *contrefactuelisme* de Niall Ferguson se dresse sur la base de la théorie scientifique du chaos. La question de «qu'est-ce qu'il aurait pu arriver si...?» s'offre comme une méthode que sert à revendiquer la liberté et la contingence en affirmant la pluralité des chemins que chaque acte en affronte. Cependant, elle présente l'inconvenance de ne pas s'appuyer sur la radicalité subjective de l'élection mais sur la complexité des successions dans chaque carrefour de la vie, semblable à celle des phénomènes physiques. Pour Ferguson, le déterminisme historique est inviable non pas à conséquence de la limitation du calcul mais à cause de la nature de ce qui est humain. Le chaos histoire implique, alors, la multiplication du déterminisme et une puissante tentation vers une histoire plus imaginative que réelle.

**Mots clefs:** Histoire contrefactuelle, philosophie de l'histoire, liberté, déterminisme, chaos, causalité

## CONTRAFACULTUALISMO Y DETERMINISMO EN EL MARCO DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

La historia de la «filosofía de la historia» es el devenir conflictivo de un deseo de saber al que le cuesta circunscribirse. Un esfuerzo secular que se debate entre las grandes concepciones holísticas (los metarrelatos) y la renuncia absoluta a la inteligibilidad de los sucesos, entre los cantos de sirena y la angustia agnóstica.

Conflictividad vinculada a sus raíces ilustradas, en particular al sueño racionalista que asociaba al conocimiento las posibilidades del poder y el cambio, como creía Francis Bacon en el inicio de la modernidad. La prosperidad científica del siglo XIX y sus atrevimientos positivistas cuajaron en la ilusión de una comprensión exhaustiva del obrar humano y de una dirección eficaz de la sociedad. El paradigma epistemológico de estos afanes fue el determinismo histórico en sus diversas formas: el lógico, el biológico y el mecánico.

En general, el determinismo es la explicación de los sucesos humanos según leyes intrínsecas a ellos, según una direccionalidad superior o según ambas cosas, lo que redundaba en una racionalización de lo pretérito y una previsibilidad del devenir. Es célebre la invocación que hace Kant de un Kepler o un Newton para el conocimiento de la historia<sup>1</sup>. En rigor, este determinismo se remonta al matematicismo de Descartes. Hijos de esta ilusión, y fundadores de conocidas lecturas de la historia universal, son, a título de muestra, Condorcet, Smith, Kant, Hegel, Marx, Comte, Mill y Spengler (y, más recientemente, Francis Fukuyama con la idea del ascenso global al modelo democrático-liberal). Kant es un caso particular, dado que en él la meta de la historia ope-

ra más como una idea regulativa que como una certidumbre. En Hegel, por el contrario, la mínima brizna de azar o sinrazón queda instantáneamente subsumida en el itinerario de un Espíritu Absoluto que lo supera todo sin perder nada, en un titánico intento por diluir lo accidental y lo inexplicable –y, con ello, el crimen, el dolor y la muerte–, con el secreto empeño de apaciguar la pasión de una razón incontinente y, de paso, sosegar las angustias de un tiempo desgarrado.

El correlato práctico de estos procesos intelectuales ha sido, desgraciadamente, la deriva de la ciencia histórica en profecía, en proyecto político, en tecnocratización social y, finalmente, en la crudeza de los totalitarismos del siglo XX, cuyos rasgos no han desaparecido completamente en la contemporánea sociedad de consumo<sup>2</sup>.

Naturalmente, el determinismo despertó a su paso reacciones contrarias, apoyadas en fundamentos distintos, como la libertad humana, la reivindicación del azar o la angustia vital. Kierkegaard, Nietzsche y los existencialismos del siglo XX ejemplifican estas respuestas. Es significativo encontrar unas palabras de Dostoievski al respecto: para los deterministas, «todos los actos humanos serán enumerados en algo similar a las tablas logarítmicas. Se realizarán cálculos pormenorizados y predicciones exactas sobre todo el porvenir. Pero resulta que quizá hagamos algo por aburrimiento». Una radicalización desconsolada de la incognoscibilidad de la vida puede registrarse en estas líneas de Thomas Carlyle (1795-1881):

La historia en acción no es como la historia escrita: los hechos reales no están en modo alguno relacionados entre sí de manera tan simple como están padre e hijo; cada hecho particular es vástago no de otro sino de todos los hechos, previos o coetáneos, y

<sup>1</sup> Cfr. «Idea de una historia universal en sentido cosmopolita», en *Filosofía de la historia* (trad. Eugenio Imaz), México-Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1997, págs. 41-42.

<sup>2</sup> Cfr. Alasdair MACINTYRE, *Tras la virtud* (trad. Amelia Valcárcel), Barcelona, Crítica, 1987, págs 111 y sigs. Sobre la relación entre las «filosofías de la historia» y las ideologías totalitarias pueden revisarse los clásicos estudios de Hannah ARENDT, *Los orígenes del totalitarismo* (trad. Guillermo Solana), Madrid, Taurus, 1998, especialmente la tercera parte, y Eric VOEGELIN, *Nueva ciencia de la política* (trad. José Emilio Sánchez Pintado), México, Buenos Aires y Madrid, Rialp, 1968.

se entrelazará a su vez con todos los demás para engendrar otro nuevo: es un eterno y eternamente operante Caos de Ser. ¡Y este Caos es lo que el historiador va a describir y ponderar científicamente, cabría decir engarzándolo con un solo hilo de unas pocas medidas de longitud!<sup>3</sup>.

Antideterminismo que condena al hombre a la imposibilidad de conocer su propia actividad y, por ello, su propio ser, contra el famoso axioma de Vico según el cual el conocimiento perfecto sólo puede darse en la comprensión de lo producido por el propio sujeto, lo que garantizaba la superioridad de la historia sobre la física.

Sin embargo, clarificar suficientemente la tensión determinismo-antideterminismo requeriría una fenomenología de los eventos humanos y, en especial, del actuar humano. La gran cuestión es: ¿cómo acontecen realmente los actos?, ¿es posible identificar en ellos relaciones de causa-efecto que permitan delinear conexiones generalizables? Más aún: ¿es diferente la actividad humana de los procesos del pensamiento y de los fenómenos físicos? Si es así, ¿en qué estriba esa diferencia?, ¿cuál es la relación entre las acciones y el sujeto que las lleva a cabo?

Cuestiones arduas, inagotables, pues aluden a un espacio recóndito, esquivo al análisis, que roza con los fundamentos del vivir específicamente humano, con la radicalidad del ser personal. La vivencia interna de la libertad, además, es necesariamente difícil de objetivar y categorizar, puesto que discurre en un ensimismamiento inapto para una generalización comparable a la de otras abstracciones. Su desenvolvimiento público es, por otra parte, insuficiente para esclarecer sus fuentes. La libertad persiste como uno de los grandes misterios de la existencia y del conocimiento. El drama se desata, justamente, cuando se recuerda que en el hombre la libertad convive con una inclinación poderosa e irresistible: la racionalidad. «Los hombres por naturaleza desean saber», insiste Aristóteles, y esta inalienable expectativa abarca toda realidad y todo tiempo. Nos resistimos tercamente a los grandes misterios.

Por otra parte, el espectáculo a menudo siniestro del pasado y el legítimo deseo de un porvenir

mejor nos apremian a la superación de estas incógnitas. La humanidad, aleccionada por su propia barbarie, busca descubrir los mecanismos internos de la acción para prever, perfeccionar o, al menos, resignarse al futuro. Ya no se trata del optimismo ilustrado que sostenía la bondad de la humanidad y la certeza de su progreso indefinido. La inquietud por la libertad –es decir por lo imprevisible– es ahora, y en realidad desde el mismo Hegel, tras el fracaso de la Revolución Francesa<sup>4</sup>, la inquietud por el futuro, la inquietud por el mal posible. El miedo del hombre por el hombre mismo.

El deseo de asegurar el mañana espera hallar sus claves en la comprensión del ayer, en la formulación de una génesis. El atractivo de examinar las conexiones entre hechos pasados es la promesa de desvelar la índole del suceder, de detectar el funcionamiento exacto del actuar humano. La historia contrafactual es un esfuerzo teórico que responde no solamente a unos requerimientos metodológicos sino también a las preocupaciones de un presente insatisfactorio y afronta el vértigo de reconstruir la historia desviando ficticiamente la ruta seguida en cualquiera de sus bifurcaciones, buscando incluso en tales representaciones lecciones para el porvenir. Como puede aceptarse, es una retrospectiva imaginaria que tienta especialmente a los pueblos de esta parte del mundo, inclinados a menudo a buscar chivos expiatorios en las crónicas de la Conquista o de la República más que a elaborar soluciones que nos comprometan en el presente. ¿Qué puede decir, entonces, el punto de vista filosófico sobre la propuesta contrafactual, sobre esta peculiar manera de mirar hacia atrás?

## LA PROPUESTA CONTRAFACTUALISTA

El propósito del contrafactualismo, en particular del defendido por Niall Ferguson<sup>5</sup>, es elogiabile:

4 Véanse al respecto los comentarios de Karl LÖWTH, *El sentido de la historia. Implicaciones teológicas de la filosofía de la historia* (trad. Justo Fernández Bujan), Madrid, Aguilar, 1958, págs. 78 y sigs., y de Daniel INNERARITY, *Hegel y el romanticismo*, Madrid, Tecnos, 1993, Introducción.

5 FERGUSON es editor de la obra *Virtual History: Alternatives and Counterfactuals*, London, 1997. Su versión castellana (*Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?*) fue editada por Taurus en 1998.

3 Carlos VARGAS, «La historia virtual o el vértigo de la mariposa» (II), *Cuadernos de Marcha*, Montevideo, febrero-marzo 2001, pág. 13.

defender la libertad frente al determinismo demostrando la apertura del obrar humano por la pluralidad de posibilidades de cada elección. En pocas palabras, contrarrestar los hechizos de la fatalidad. Su inspiración proviene de una pregunta cotidiana: «¿y si hubiera respetado el límite de velocidad o rehusado esa última copa?, ¿y si nunca hubiera conocido a mi mujer o a mi marido?». «Ocuparnos en imaginar contrafactual de este tipo –dice Ferguson– forma parte esencial de nuestra manera de aprender. Dado que las decisiones sobre el futuro están, por lo general, basadas en una ponderación de las consecuencias potenciales de diversos cursos de acción, es sensato comparar los resultados de lo que en efecto hicimos en el pasado con los resultados concebibles de lo que podríamos haber hecho»<sup>6</sup>.

La interrogante –diría: la actitud– contrafactual tiene, por lo visto, una relación profunda con lo que podría llamarse el «sentimiento de la existencia». La literatura hispanoamericana ofrece hermosos ejemplos al respecto. Uno de ellos es el conocido cuento de Borges «El jardín de los senderos que se bifurcan»<sup>7</sup>. La preocupación por las opciones relegadas revela la marcha opcional de la vida y la característica encrucijada de la libertad: la constante afirmación de un periplo y la negación de otros rumbos posibles. Lo que recuerda las palabras de André Gide citadas por el peruano Julio Ramón Ribeyro, un escritor tan nostálgico como solidario: «Toda elección es espantosa, cuando se piensa en ella. La necesidad de la opción me ha sido siempre intolerable; escoger me parece no tanto elegir como rechazar aquello que no elijo»<sup>8</sup>. Sucintamente, el ejercicio de la elección es la pronunciación de un solo *sí* entre innumerables *noes*.

En segundo lugar, el atractivo de la suposición contrafactual sugiere cierta mezcla de asombro y melancolía frente a la irreparable pérdida de las po-

sibilidades desechadas, cuya oportunidad es, asimismo, irrepetible. Es la perplejidad ante el carácter único del instante y de la vida en su conjunto, que se conjuga con la impresión de la fugacidad del tiempo y la evanescencia de lo humano, que el poeta español Jorge Manrique asoció al sentimiento de la muerte. Unas emotivas palabras de Milan Kundera lo dicen enfáticamente:

El hombre nunca puede saber qué debe querer, porque vive sólo una vida y no tiene modo de compararla con sus vidas precedentes ni de enmendarla en sus vidas posteriores. [...] No existe posibilidad alguna de comprobar cuál de las decisiones es la mejor, porque no existe comparación alguna. El hombre lo vive todo a la primera y sin preparación. Como si un actor representase su obra sin ningún tipo de ensayo. Pero ¿qué valor puede tener la vida si el primer ensayo para vivir es ya la vida misma? Por eso la vida parece un boceto. [...] Lo que sólo ocurre una vez es como si no ocurriera nunca. Si el hombre sólo puede vivir una vida, es como si no viviera en absoluto<sup>9</sup>.

En tercer lugar, mirar contrafactualísticamente el entorno y la interioridad del sujeto ofrece el pavoroso panorama de una red tupida de grandiosas estructuras, físicas y espirituales, sostenidas por los delgadísimos hilos del titubeo. Incluso coloca la duda, la arbitrariedad y el vacío en la misma raíz del ser (semejante al pánico que provoca mirar dentro del organismo para detectar los débiles contactos que sustentan la permanencia de la vida). Ello suscita una tentación común: la imaginación de una intervención extrínseca que dirige y custodia cada uno de los trances en los que se juega el suceder. «No es la necesidad sino la casualidad la que está llena de encantos», expresa Kundera<sup>10</sup>.

Ahora bien: ¿cuáles son los argumentos que defienden este enfoque retrospectivo? Los de Ferguson, al menos, están relacionados con una doctrina científica. La contingencia y el azar propios de

6 Palabras de Niall Ferguson, cit. por VARGAS, *op. cit.*, pág. 22.

7 *Ficciones* (Madrid, Alianza, 2000): «Casi en el acto comprendí; el jardín de senderos que se bifurcan era la novela caótica, la frase ‘varios porvenires’ (no todos) me sugirió la imagen de la bifurcación en el tiempo, no en el espacio [...] En todas las ficciones, cada vez que un hombre se enfrenta con diversas alternativas, opta por una y elimina las otras; en la del casi inextricable Ts’ui Pên, opta –simultáneamente– por todas».

8 *Cartas a Juan Antonio*, t. I (1953-1958), Lima, Jaime Campodónico, 1996, pág. 96.

9 *La insoportable levedad del ser* (trad. Fernando de Valenzuela), Barcelona, Tusquets, 1989, pág. 16. Ernesto Sabato escribe en sus memorias: «Aunque terrible es comprenderlo, la vida se hace en borrador, y no nos es dado corregir sus páginas» (*Antes del fin. Memorias*, Buenos Aires, Seix Barral, 1999, pág. 106).

10 «Pero ¿un acontecimiento no es tanto más significativo y privilegiado cuantas más casualidades sean necesarias para producirlo? Sólo la casualidad puede aparecer ante nosotros como un mensaje. Lo que ocurre necesariamente, lo esperado, lo que se repite todos los días, es mudo. Sólo la casualidad nos habla» (*La insoportable levedad del ser*, *op. cit.*, págs. 56 y 57).

los hechos humanos –explica el británico– están presentes aun en el mundo de los fenómenos naturales (el leve desvío de una corriente de aire que ocasiona una tormenta, el goteo de un tejado que inicia un río que atraviesa un continente, etc.) Dice la llamada *teoría del caos*: «El mundo es ya lo bastante imprevisible (incluso sin meteoros) como para que ‘la predicción exacta sea claramente posible’»<sup>11</sup>. Así lo indican, por ejemplo, la visión del tiempo en la teoría de la relatividad de Einstein (la negación del tiempo absoluto) y, sobre todo, el llamado *principio de incertidumbre* postulado por Heisenberg en 1926. Este principio, «al demostrar la imposibilidad de predecir con exactitud la posición y la velocidad futuras de una partícula», añadió un decisivo margen de «imprevisibilidad y aleatoriedad a los fenómenos naturales». Lo que sentenció el declive del determinismo en el mismo seno de la física, cabría acotar.

Como reseña el uruguayo Carlos Vargas, caos

no significa anarquía en el uso moderno que de ella hacen matemáticos, meteorólogos y otros. No significa que no haya leyes en el mundo natural [sino] que las leyes son tan complejas y dinámicas que gran parte de lo que ocurre parece aleatorio o caótico, y nos resulta prácticamente imposible hacer pronósticos precisos. Para ser exactos, la teoría del caos estudia el comportamiento estocástico (es decir, aparentemente aleatorio) dentro de sistemas deterministas. En otras palabras, comportamientos aparentemente aleatorios resultan no ser totalmente aleatorios, sino simplemente no lineales [Con lo cual] pese a que, después de todo, el universo es teóricamente determinista, todas las apuestas deterministas quedan anuladas. Lo máximo que podemos hacer es asumir probabilidades, porque somos demasiado estúpidos para discernir la pauta<sup>12</sup>.

En otros casos, como en el de Henry Ashby Turner Jr., se deslindan perfectamente los campos de estudio de manera que el caos matemático opera únicamente como *metáfora*, dada la obviedad de aplicar los métodos científicos al terreno de la historia<sup>13</sup>.

11 Carlos VARGAS, «La historia virtual...» (III), *Cuadernos de Marcha*, abril de 2001, pág. 6.

12 *Ibid.*, loc. cit.

13 Cfr. José C. BERMEO BARRERA, «¿Suposiciones o contrafactuals? A propósito del libro de Niall FERGUSON (ed.), *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?*», *Memoria y Civilización*, Universidad de Navarra, Pamplona, 2, 1999, pág. 334.

## INCONVENIENTES DEL CONTRAFACTUALISMO

Ferguson observa la pluralidad de posibilidades presente en los sucesos físicos, así como en los humanos. Presta atención a unas «virtualidades» que enriquecen, ciertamente, la comprensión de cualquier realidad cósmica o histórica. Que revelan la delicada textura de los hechos, la vasta y frágil red sobre la que se sostiene cada momento y con la que se urde el siguiente, donde una sola puntada –el aleteo de una mariposa– puede decidir la entera figura del tapiz –la formación de un huracán–. Esto añade a cada acontecer una dimensión contingente que obliga al historiador, en las célebres palabras de Raymond Aron, a «restituir al pasado la incertidumbre del futuro»<sup>14</sup>. En tal sentido, la consideración contrafactual no constituye un simple esparcimiento de la ficción. Ferguson lo indica cuando dice que «la inevitabilidad es sólo en retrospectiva y la inevitabilidad del determinismo es explicativa más que predictiva. La libertad de elección, que es entre futuros alternativos, no es incompatible con la existencia de causas para cada acontecimiento»<sup>15</sup>.

Sin embargo, esta división potencial del tiempo que sostiene la impredecibilidad de lo sucedido recibe de Ferguson la definición científica de «caos», con lo cual se equipara –aunque sólo sea a título de metáfora– el curso de las opciones no determinadas en el mundo físico con el que toman las opciones no determinadas en el mundo humano. Surge, entonces, un serio problema: la concatenación de momentos puede ser lineal –a pesar del azar– en el orden material, pero no necesariamente en el humano. Las acciones y la interioridad humanas no se atienen a conexiones unívocas. La historia es el reino de lo posible, pero no de las probabilidades en sentido lógico o matemático, por numerosas que éstas puedan ser.

Este argumento desdice de la voluntad antedeterminista del contrafactualismo, pues el dibujo de las virtualidades impone una seguridad sobre la se-

14 Cfr. *Introduction à la philosophie de l'histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique* (nouvelle édition), Paris, Gallimard, 1967, págs. 224 y 230-231.

15 VARGAS, «La historia virtual...» (III), *op. cit.*, pág. 4.

cuencia de hechos solamente posibles a los que, mentalmente, se les asigna la irrevocabilidad que sólo posee el pasado real. Es como pretender demostrar la indeterminación de la historia por medio de la determinabilidad de las posibilidades no cumplidas, cuyo despliegue se prevé a partir de un punto concreto del cual partió también el curso efectivamente dado. Y si todas las alternativas presentan igual condición –para defender la contingencia y la pluralidad de los actos–, resulta finalmente que el curso dado sigue un procedimiento análogo al de los cursos no dados, es decir al de las representaciones mentales. La historia sería una posibilidad imaginable que sí pudo verificarse.

Ello implica, en mi opinión, sustituir el determinismo simple –el clásico de los mecanicismos y logicismos– por una *caótica*, que no es sino un determinismo más sofisticado, multiplicado, incluso infinitesimal. Recuérdense las palabras fundamentales de la defensa de este contrafactualismo: «Las leyes son tan complejas y dinámicas que gran parte de lo que ocurre parece aleatorio o caótico, y resulta imposible hacer pronósticos precisos. La teoría del caos estudia el comportamiento aparentemente aleatorio dentro de sistemas deterministas. Con lo cual pese a que, después de todo, el universo es teóricamente determinista, todas las apuestas deterministas quedan anuladas». A lo cual agrega Carlos Vargas:

La importancia filosófica de la teoría del caos es que reconcilia las ideas de causación y contingencia, y por tanto libera del mundo sin sentido de algunos idealistas [?], en donde no existe causas ni efectos, y del mundo igualmente sin sentido de los deterministas, en el que sólo existe una cadena de causas ordenada y preexistente. Como se dijo, *caos* significa resultados imprevisibles aun en el caso de acontecimientos sucesivos que están causalmente encadenados<sup>16</sup>.

Este modelo gnoseológico acaricia ilusiones leibnicianas: el caos es relativo, pues las leyes deterministas sobreviven a salvo de la jactancia humana. La diferencia entre lo aleatorio y lo predeterminado es

16 «La historia virtual...» (final), *Cuadernos de Marcha*, mayo de 2001, págs. 4-5. Dice Ferguson: «El mejor criterio para establecer una relación causal no era la ley de cobertura hempeleana, sino la llamada prueba de «a no ser por» o *sine qua non*, aplicando el principio de que el efecto no puede ocurrir ni existir a menos que la causa ocurra o exista». De modo que, en última instancia, la noción de causa rescatada para el conocimiento histórico se basa en la capacidad, omitida entre los deterministas, de «imaginar un cambio en las condiciones de cambio», en palabras de POPPER (*ibid.*, pág. 5).

la existente entre las *verdades de hecho* y las *verdades de razón*, que en definitiva resulta una simple cuestión de distancia óptica: la divergencia entre la mirada humana –para la cual existe la separación entre ambos tipos de verdades– y la divina –suprema inteligencia para la cual no hay más que verdades de razón–. Las supuestas verdades factuales corresponden a un análisis truncado por las limitaciones de la inteligencia humana<sup>17</sup>.

La refutación del determinismo es, entonces, aplazada pero no resuelta, pues las leyes que permiten calcular los hechos –naturales y humanos– son trasladadas a una esfera inasequible al poder humano de la que éste sí capta, curiosamente, su aspecto determinista general. La historia es previsible, pero no por el hombre. Saltar de la linealidad a la multilinealidad en la causación no mejora precisamente la situación de la libertad. Se ha desterrado el determinismo sólo del plano del conocimiento, no del plano de la realidad.

En consecuencia, ¿son realmente concebibles los resultados de lo que se pudo hacer y no se hizo?, ¿hasta qué punto son interesantes o banales dichas representaciones?<sup>18</sup>.

17 En el opúsculo «En torno a la omnipotencia y omnisciencia de Dios, y la libertad del hombre», Leibniz dice: «Cuando la voluntad libre tiene como causa suya la bondad aparente de las cosas y circunstancias que se le presentan, Dios conoce, en efecto, sin error alguno, las circunstancias que balancean los pensamientos de los queilenses desde el mismo momento de la creación, igual que alguien avezado en aritmética puede saber que dieciséis es el resultado de dividir por dos el producto de multiplicar cuatro por ocho y que multiplicar ocho por dos dividiendo el producto entre cuatro da cuatro, con la diferencia de que Dios abarca de una ojeada todas las posibles e incalculables alteraciones y consecuencias, mientras que el matemático ha de revisar el cálculo cada vez» (Gottfried W. LEIBNIZ, *Escritos en torno a la libertad, el azar y el destino* [trad. Roberto Rodríguez Aramayo y Concha Roldán Panadero; selección, estudio preliminar y notas de Concha Roldán Panadero], Madrid, Tecnos, 1990, pág. 75). Véanse también las págs. 24 y sigs. del interesante estudio preliminar que contiene esta edición.

18 El profesor José Tomás Alvarado, quien también tomó parte de estas reuniones filosóficas, comentó al final de esta exposición que el recurso contrafactual no es nada despreciable si, por ejemplo, se considera su utilidad en el discernimiento del presunto delito de un acusado para demostrar la no inevitabilidad de su conducta, dado que «pudo perfectamente obrar de otra manera». No dudo, en efecto, de este extraordinario provecho, pero veo una gran diferencia entre este uso del método contrafactual y la propuesta fergusoniana (donde, por ejemplo, el historiador español Santos Juliá deduce, de la hipótesis de que Alfonso XIII hubiera democratizado el sistema político, que España no habría sufrido la guerra civil y, por consiguiente, se habría ahorrado cuarenta años de franquismo): en el ejemplo judicial, que el sujeto haya podido actuar de otro modo prueba su culpabilidad; pero, en el campo historiográfico, que los protagonistas del pasado hayan podido hacer las cosas de una manera distinta no permite avanzar más allá de tal evidencia. Las alternativas existieron, pero su devenir es desconocido, puesto que sencillamente no acontecieron.

No es necesario explicar que este contrafactualismo mantiene obstinadamente el paradigma racionalista de conocimiento –que estima que el científico es el único saber posible– al extrapolar los corolarios de una teoría de la física al orden de lo humano, cualitativa –y no sólo cuantitativamente– diferente<sup>19</sup>.

Pasando del plano de la realidad histórica al del discurso histórico, hay que reconocer que el contrafactualismo comporta, para el investigador, una fuerte seducción. En concreto, el encadenamiento de los rumbos no seguidos por la materia puede ser, en cierta medida, *calculado*, pero el que seguirían los rumbos no tomados por los humanos solamente podría ser *imaginado*. Incorporar las «virtualidades» conexas a cada acto impulsa la exploración imaginativa de *lo que pudo ser pero no fue*; por tanto, de lo irreal. En la insondable conciencia de los actores serían además indiscernibles las posibilidades reales de las posibilidades únicamente sentidas. Más aún: las posibilidades carecen de entidad real y a veces pertenecen más al narrador que a los personajes vivos. Antes se ha dicho que la historia es el reino de lo posible, pero con la intención no de indicar que la historia real esté constituida de posibilidades sino que éstas son solamente el trasfondo originario –el marco por el que avanza la libertad de los sujetos– de lo único que realmente constituye la historia: lo efectivamente dado. Y, como diría Aristóteles, es responsabilidad del investigador conocer el ser y no la nada<sup>20</sup>.

Definitivamente es cierto que en cada punto del camino hay otras posibilidades, pero incierto cuál sea el desarrollo de éstas. Hay condicionamientos inmediatos y obvios, pero más allá de ellos no se puede ir. Sé que si esta mañana no me hubiera levantado temprano, habría llegado tarde a esta reunión, pero no puedo saber qué habría pasado después. A

gran escala, sé que si Inglaterra hubiera emprendido en lugar de España la colonización de Suramérica, el resultado –nuestro presente– sería distinto, pero no sé exactamente cuál.

Al historiador lo orienta esta certeza de la incertidumbre de las cosas humanas, pero también puede caer fascinado por los vacíos que penden de esa condición. Su tarea es comprender lo que ocurrió, no lo que pudo ocurrir. Configurar la sucesión de una posibilidad incumplida puede llevar a la distracción respecto de lo real que se intenta relatar y entender. Semejante ejercicio fantasioso podría adquirir una libertad peligrosa, una veleidad que sólo podría salvarse aferrándose a la necesidad de un proceso irreversible, un enlace estricto entre las situaciones no dadas que complaciera a la mente que los formula<sup>21</sup>. Elevando el contrafactualismo a la segunda potencia, la pregunta sería ahora: *¿qué se habría contado del pasado si no se hubiera pensado que...?* Lo virtual es sólo una puerta, no una senda trazada ni trazable. De otro modo daría lugar a itinerarios rígidos, recorridos carentes de otro sustento que no fuera la lógica de los sueños. Dicho con ejemplos: creer que un defecto en la nariz de Cleopatra habría salvado a Roma o que la lucidez de un herrero habría salvado un imperio en la batalla<sup>22</sup>.

En conclusión, el exceso contrafactual podría llevar el texto histórico más allá de la condición literaria, constructiva, que ya tiene por el solo hecho de ser una elaboración escrita. Como sostiene Hayden White, la narración histórica no se restringe a una presentación del pasado «tal como realmente pasó» sino que organiza y dispone los hechos en una estructura semejante a la literaria con el fin de darle una presentación inteligible. Esto es lo que hace de la historiografía, según White, un discurso claramente distinto del científico. Pero la gran diferencia entre un libro de historia y una novela estriba justamente

19 Sobre la diferencia de los nexos entre los hechos humanos y los nexos en el universo físico, y sus consecuencias epistemológicas en la investigación y la exposición históricas, véase la obra de Patrick GARDINER, *La naturaleza de la explicación histórica* (trad. José Luis González), México, Centro de Estudios Filosóficos, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961.

20 Cfr. BERMEJO B., *op. cit.*, pág. 341. Añade este autor: «La historia virtual supone la liquidación de la noción de *acontecimiento histórico*, que, matésela lo que se quiera, es inseparable de la formulación de la historia como conocimiento. La historia virtual no es la historia aderezada con el uso de contrafactuals, sino la historia supuesta».

21 «...que acontecimientos inexistentes expliquen acontecimientos ocurridos resulta francamente difícil de concebir epistemológicamente. [...] La imaginación histórica funciona bajo un control que viene dado por la consideración de las evidencias, de los hechos» (*ibid.*, pág. 340).

22 Hilary PUTNAM es contundente al respecto: «[Para algunos] sería posible contar la controversia sobre las causas de los hechos característicos de la civilización 'medieval' produciendo un gran número de mundos posibles justamente como el nuestro antes del nacimiento de Mahoma, pero en los cuales Mahoma no hubiera nacido, y ver lo que ocurre, pero esto sería ciencia ficción más que metodología» (*Las mil caras del realismo* [trad. Margarita Vázquez C. y Antonio M. Liz G.], Barcelona, Paidós, 1994, pág. 133).

en la temática, en el hecho de que el mundo que se presenta en el primer caso es concebido como real y en el segundo como ficticio<sup>23</sup>. Es significativa la siguiente anécdota: «Cuando un general ruso criticó a Tolstói porque no había descrito con fidelidad, en su libro *La guerra y la paz*, una célebre batalla entre las tropas napoleónicas y las rusas, el escritor respondió que esa batalla la había relatado deliberadamente no como fue sino como debió haber sido. No era, pues, historiador sino literato». Un *virtualismo* con base en la física, igualmente, no haría sino alimentar el recelo ante las ínfulas científicas del conocimiento histórico. Y éste es el típico rechazo posmoderno a la pretensión de coherencia del relato histórico, que llega a negar a la historiografía base alguna en la realidad, consolándola con el estatus de poesía<sup>24</sup>.

En un orden más vital, por otro lado, la atención constante a lo no elegido incrementa los sentimientos del error y la culpa, expone incluso a la melancolía y la parálisis, y en la praxis –por ejemplo, en la de la política– somete a una tortura inconjurable, hace presa al alma de los maleficios de la imaginación. Dice Agnes Heller: «Como hay buenos argumentos para varios cursos de acción, si los hombres rumian todo el tiempo acerca de la viabilidad estratégica o pragmática de un curso de acción frente a otro, continuarán reflexionando *ad infinitum*. La sabiduría cotidiana de que sólo quien nunca actúa jamás cometerá un error es banal pero verdadera»<sup>25</sup>.

Por último, del estudio de las probables consecuencias de lo eludido en el pasado poco puede aprenderse sustancialmente con miras a las decisiones del presente y a la configuración de lo venidero, puesto que, como dice Claudio Magris, «la vida sólo puede ser entendida mirando hacia atrás, aunque deba ser vivida mirando hacia adelante, es decir

hacia algo que no existe»<sup>26</sup>. Los acontecimientos pueden parecerse pero jamás repetirse. Por consiguiente, en cada vericuetto del acontecer uno es siempre, invariablemente, un aprendiz. Aunque, principalmente, el futuro no es un secreto que deba descifrarse. Sencillamente, carece de existencia. En sus condiciones depende absolutamente de lo que hagamos ahora y en su conformación real depende por completo de lo que hagamos llegado el momento.

## CONTINGENCIA Y CAUSALIDAD EN LOS HECHOS HUMANOS

Más interesante y compleja que en lo virtual es la indagación en lo real, particularmente en lo que pueda explicar la aparición de los hechos. No obstante, explorar las causas de lo ocurrido puede ser interminable si se atiende a los pormenores y minucias de que se compone cada lance de la vida, esas circunstancias que se ramifican a su vez en otras hasta el infinito. Los nexos en la historia son irremediabilmente imprecisos, pues gravitan sobre un abismo indiscernible en el que confluyen la libertad de los sujetos, el inabordable espectro de las casualidades y la condición no estrictamente individual del actuar.

Es preciso seguir ordenadamente. En cuanto a la esfera subjetiva, la contraposición de la libertad a lo dado en el comienzo de la acción genera un sentimiento vivamente explicado por los existencialistas del siglo pasado: la flotación del actuar sobre el vacío, la angustia de la nada. Son famosas las palabras de Sartre en *El ser y la nada*: «Ser es elegirse a sí mismo; nada le viene, sea desde fuera o sea desde adentro, que pueda recibir o aceptar. Sin ayuda alguna del tipo que sea, está por completo abandonado a la necesidad intolerable de hacerse a sí mismo, hasta el más mínimo detalle. Así la libertad no es un ser; es el

23 Éstas son, al menos, las ideas matrices que WHITE desarrolla en su brillante ensayo «El texto historiográfico como artefacto literario» (trad. José Ortiz Monasterio y revisión de Carlos Mendiola Mejía), *Historia y Grafía*, México D. F., Universidad Iberoamericana, núm. 02, 1994, págs. 9-34.

24 Cfr. Georg G. IGGER, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales* (trad. Clemens Bieg), Barcelona, Labor, 1995, págs. 96-97.

25 *Una filosofía de la historia en fragmentos* (trad. Marcelo Mendoza Hurtado), Barcelona, Gedisa, 1999, págs. 42-43.

26 Citando a KIERKEGAARD, *Danubio* (trad. Joaquín Jordá), Barcelona, Anagrama, 1997, pág. 37. El punto de vista de HEGEL sobre la historia como *magistra vitae* es aún más severo: «Suele aconsejarse a los gobernantes, a los políticos, a los pueblos, que vayan a la escuela de la experiencia en la historia. Pero lo que la experiencia y la historia enseñan es que jamás pueblo ni gobierno alguno han aprendido de la historia ni han actuado según doctrinas sacadas de la historia» (*Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* [trad. José Gaos], Madrid, Alianza, 2001, pág. 158).

Ser del Hombre, o sea su nada»<sup>27</sup>. Es la certidumbre de encontrarse arrojado a la libertad, a la existencia desnuda.

Por supuesto, la zozobra desde la que se decide y la angustia ante las vicisitudes de la acción son compensadas por la mayor dignidad que significa para los mortales tener en sus manos, al menos en gran parte, su destino y su identidad. El reverso del temor al futuro es la esperanza. Incluso el error no desmerece la voluntad; más bien enaltece al sujeto que lo admite, pues en ese momento se hace evidente también la discrepancia entre los hechos y las condiciones del mundo, por un lado, y la grandeza de sus ambiciones, por otro. Sólo fracasan quienes tienen aspiraciones. Y las aspiraciones humanas desbordan siempre todas las posibilidades y todas las realizaciones.

Por tanto, no es posible tender cables de hierro entre una acción y otra, confundir causación con contingencia o intentar hacerlas compatibles. Es cuestionable, además, la legitimidad de la *causalidad* como categoría relevante en el discurso histórico, como creen diversos autores<sup>28</sup>. Dice Kahler:

La coherencia histórica no consiste en simple causación, y así la cuestión fundamental de la ciencia –por qué algo es o acontece– no se aplica a la historia. La cuestión histórica es *cómo* aconteció. Cuando en la historia nos ponemos a preguntar «por qué», abrumamos tantas causas –múltiples, de muchos niveles, insondables– que la causalidad se deslíe en la condicionalidad, una condicionalidad que no tiene fin<sup>29</sup>.

27 Cit. por Agnès HELLER, *Una filosofía de la historia en fragmentos*, pág. 33. Contrástese el tono sartreano con el de HEIDEGGER en este fragmento de *Ser y tiempo* (trad. Jorge Eduardo Ribera), Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1998, § 60, pág. 315): «La resolución, como *modo propio de ser-sí-mismo*, no corta el vínculo del *Dasein* con su mundo, ni aísla al *Dasein* convirtiéndolo en un 'yo' que flota en el vacío. ¿Cómo podría, por lo demás, hacerlo, siendo que, como apertura propia, no es otra cosa que el *modo propio de estar-en-el-mundo*? La resolución lleva al sí-mismo precisamente a estar en ocupación en medio de lo a la mano y lo impele al coestar solícito con los otros».

28 Cfr. Hannah ARENDT, «Comprensión y política», en *De la historia a la acción* (trad. Fina Birulés), Barcelona - Buenos Aires - México, Paidós e Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1995, págs. 41-42; Erich KAHLER, *¿Qué es la historia?* (trad. Juan Almela), México, Fondo de Cultura Económica, 1970, pág. 194; Henri-Irene MARROU, *El conocimiento histórico* (trad. J. M. García de la Mora), Barcelona, Labor, 1968, pág. 132, y Raymond ARON, *Lecciones sobre la historia. Cursos del Collège de France* (trad. Sergio René Madero Báez), México, Fondo de Cultura Económica, 1996, págs. 183 y sigs.

29 *¿Qué es la historia?*, pág. 194.

Marrou agrega:

Hay que insistir en la dificultad central que representa la imposibilidad en que nos hallamos de aislar, como no sea con el pensamiento, los elementos o aspectos de la realidad histórica. La noción vulgar de «causa» sólo es utilizable en su sentido estricto cuando mediante la experimentación se puede constituir un sistema cerrado en el que se aisle, para comprobar y hacer variar sus efectos, la acción de una causa determinada<sup>30</sup>.

La imposición de la causalidad natural en el relato –propia de la retrospectiva del narrador– deforma los acontecimientos hasta otorgarles la apariencia de la necesidad, amable para la razón pero insoportable en la voluntad de los personajes reales. En el fluir de la actividad humana, ningún desenlace es engendrado *lineal* o *multilinealmente* por sus antecedentes. El presente –lo que ahora hago: «hablar delante de un público»– no es consecuencia del pasado –lo que previamente hice: «viajar desde Perú»–, aunque sí algo posibilitado por él. De lo contrario, el futuro estaría ya condenado por los actos presentes<sup>31</sup>. Si se mira alrededor, se encontrará que todo lo que compone el estado de lo actual está conformado por residuos del pasado, salvo una sola cosa: la acción, la libertad, esto es la capacidad innovadora de lo humano que se va abriendo camino.

Como enseña Gadamer, la realidad histórica se resiste a esquemas a primera vista inocuos como el de «evolución», pues propiamente

evolución quiere decir que todo está ya dado –intrincado– en el principio, con la consecuencia de que la evolución es sólo manifestación, maduración, como sucede en el desarrollo biológico de los seres vivientes; lo cual significa que “evolución” tiene siempre un acento naturalista. [...] cuando entra en juego la historia, lo decisivo es lo nuevo, no lo ya dado. Si no se da lo nuevo, la innovación, lo imprevisto, no hay historia. El destino significa imprevisibilidad<sup>32</sup>.

30 *El conocimiento histórico*, pág. 132.

31 Dice Agnès HELLER: «La causalidad determinista es siempre una *sobredeterminación* respecto a la satisfacción de la necesidad de *explicación*. La afirmación de que nada en absoluto podía haber sucedido de modo diferente a como sucedió provoca una *protesta* en nuestra mente porque contradice la experiencia humana elemental –origen de la necesidad de explicación– que es la experiencia de ser causas y efectos al mismo tiempo. El determinismo nos transforma en meros efectos» (*Teoría de la historia* [trad. Javier Honorato], México, Fontamara, 1997, pág. 147).

32 *El inicio de la filosofía occidental* (trad. Ramón Alfonso Díez y María del Carmen Blanco), Barcelona, Paidós, 1995, pág. 20.

Es célebre, al respecto, el tratamiento, en Hannah Arendt, de la acción como interrupción del curso natural de los hechos, como auténtica epifanía. «Los hombres –dice– están preparados para la tarea paradójica de producir un nuevo origen porque ellos mismos son orígenes nuevos y, de ahí, iniciadores; la auténtica capacidad para el origen está contenida en la natividad, en el hecho de que los seres humanos aparecen en el mundo en virtud del nacimiento»<sup>33</sup>. Por tanto, y a pesar de la coherencia y la unidad necesarias en la redacción de una crónica, traducir los episodios pretéritos en términos de un *continuum* lleva en germen la convicción de una permanencia superpuesta en el tiempo, lo que implica, a su vez, la certeza de unas hipótesis, de entidades subsistentes que las decisiones de los individuos se limitan a plasmar. La vida humana no es la mera duración de una fijeza, sino que consta irremisiblemente de saltos.

De cualquier modo, sólo bajo estas advertencias el espíritu –susceptible a las patologías del tiempo– puede curarse tanto del fatalismo resignado como del ciego optimismo, dos frecuentes formas de despotismo conceptual y dos maneras equivalentes de conculcar la voluntad de las personas.

Lo cual no comporta, sin embargo, que la contingencia absoluta o el puro azar difuminen el perfil de la historia: sólo hay libertad allí donde puede indicarse una responsabilidad –que implica, de alguna manera, conexión, correferencia, etc.–, aunque ésta no pueda ser absoluta, por supuesto. En efecto, el espectáculo de la historia no ofrece una polvareda diseminada, una multitud atomizada e inconexa, sino un devenir sobre el que algunas formas –proyectos, itinerarios, trayectorias– son reconocibles. Formas resultantes, no preexistentes. Trazos no atribuibles únicamente a la pericia del relato. Como sugiere Agnes Heller, la libertad no es la veleidad total, la provisionalidad radical, la carencia de referencias estables, el caos<sup>34</sup>. Esto es, precisamente,

lo que hace de lo acontecido algo entendible y narrable.

Finalmente, la interrelacionalidad en que se inscribe la existencia personal acrecienta las dificultades de la presentación virtual de la historia. La libertad no es una inserción rectilínea en el espacio en blanco del entorno; la vida es el entrecruzamiento (obstrucción, alteración, anulación y reforzamiento mutuos) de libertades. Explica Arendt que el despliegue de la acción es en su inicio siempre individual, pero en su devenir necesariamente interacción: «Sólo la acción es prerrogativa exclusiva del hombre; ni una bestia ni un dios son capaces de ella, y sólo ésta depende por entero de la constante presencia de los demás»<sup>35</sup>. Naturalmente, la comprensión de la radicalidad social de la existencia y el obrar humanos exigiría desarrollos no pertinentes ahora<sup>36</sup>.

## CONCLUSIONES

¿Qué enseñanzas para la práctica historiográfica pueden derivarse de estas digresiones? Habría que empezar subrayando el error principal de la historiografía *caótica*: justificar la libertad representando la apertura inherente a la acción por medio de la teoría del caos. La *caótica* aplicada a la historia sería, según Ferguson, el análisis de la bifurcación del tiempo o de las incontables posibilidades que duermen en la libertad cada vez que ella se ejercita, abocándose a un solo sendero y rehusando todos los demás<sup>37</sup>. Pero es este análisis lo que resulta irrealizable. El análisis –y su resonancia científica– es un acercamiento bastante burdo al corazón misterioso de la vida humana, reacia a la abstracción y a la descomposición en facetas. Ya la sola idea de caos (vocablo que viene del griego *χάος*, ‘apertura’) incomoda como

---

ria, por la sencillísima razón de que la contingencia sólo tiene sentido si se refiere a algo que *no* es casualidad. Por lo que respecta a la libertad humana, no hay ninguna diferencia entre necesidad total y contingencia total, de manera que la libertad humana parece no ser nada en ambos casos» (*Teoría de la historia*, pág. 205).

33 *Sobre la revolución* (trad. Pedro Bravo), Madrid, Alianza, 1988, págs. 218-219.

34 Lo contrario es el «teorema» según el cual «en la historia todo sucedió, sucede y sucederá por casualidad. Por tanto, la ‘casualidad’ (la contingencia) se identifica con la ley universal del desarrollo histórico, entendida en un sentido negativo: no hay leyes históricas, ni regularidades, ni interconexiones típicas en las acciones. Sin embargo, si en la historia no hay más que contingencia, entonces *no* hay contingencia en la histo-

35 *La condición humana* (trad. Ramón Gil Novales), Barcelona, Paidós, 1993, pág. 38.

36 Véase mi trabajo «Identidad y diferencia en la existencia social del hombre» (Serie Cuadernos de Humanidades, Piura, Universidad de Piura, en prensa).

37 VARGAS, «La historia virtual...» (III), *op. cit.*, pág. 4.

una tentativa de denominar la nada, como un esfuerzo de visualizar lo invisible. Sin duda, el silencio es la conclusión de toda sabiduría.

Curiosamente, el mismo Ferguson restringe el empleo de la virtualidad en el conocimiento histórico: «En la práctica –dice– no tiene realmente sentido hacer la mayor parte de las preguntas contrafactuales posibles», ya que dicha formulación rinde frutos sólo dentro de la consideración de un «escenario plausible»,<sup>38</sup> esto es sobre las «alternativas que podemos demostrar, sobre la base de la evidencia contemporánea, que en efecto tomaron en consideración los coetáneos»<sup>39</sup>. Así –continúa el historiador británico–, sustituyendo «el enigma del azar por el cálculo de probabilidades, resolvemos el dilema de elegir entre un solo pasado determinista y el inabordable número infinito de pasados posibles»<sup>40</sup>. Pero, reitero, la sola mención del *cálculo de probabilidades* encierra una intromisión matematicista en el lenguaje de la historia, intromisión que, más que permitir que «vivamos como los hombres de la época, en su contexto fluido y entre sus problemas aún por resolver», cree reemplazar la incertidumbre del protagonista por una confrontación con el infinito que sólo ocurre en la mente del historiador y que es decididamente una postulación suya. Las únicas cuestiones operativas son éstas: «hago o no hago esto», «lo hago de este modo o de otro», y naturalmente empalman con las inagotables posibilidades del devenir, pero su vivacidad y su sencillez originales se pierden bajo cualquier nomenclatura científicista. Ni siquiera las decisiones políticas o las estrategias militares se asemejan a una lúcida partida de ajedrez.

Ponerse en el lugar del personaje histórico no es obsequiarle la previsión de su futuro pero tampoco –y en el fondo es algo parecido– la conciencia de un abanico de futuros posibles que efectivamente desconoce, desterrando las ecuaciones lineales en el suceder para poner en su lugar ecuaciones complejas imposibles de resolver, pero al fin y al cabo *ecuaciones*. Para recobrar la libertad –y con ella la conciencia y la responsabilidad del obrar– no basta sos-

tener que «la probabilidad histórica es más complicada que la matemática»<sup>41</sup>. Con ello, más bien, se remoja el viejo positivismo con un maquillaje de sutileza y flexibilidad.

Es notoria, de todos modos, la utilidad de lo contrafactual no tanto como un método en sí mismo sino como un inciso dentro de la metodología de los historiadores, pues de alguna manera revisar «cómo no fue en realidad» ayuda a comprender «lo que sí fue en realidad». Se trata, por consiguiente, de una contribución por vía negativa pero poco más, sinceramente. Quizá su omisión en el oficio historiográfico favorezca que su descubrimiento o redescubrimiento<sup>42</sup> haya adquirido, de pronto, un verdadero furor no sólo en el ámbito académico sino también en el institucional, el político y el empresarial, como lo demuestran incontables documentos en Internet –de la mano de cualquier buscador– donde se registran informes que analizan logros económicos, educativos, etc., configurando líneas de sucesos a partir de decisiones no tomadas en el pasado, con miras a mejorar la eficacia de las decisiones futuras<sup>43</sup>.

El problema del caos-historia aumenta cuando este recurso epistemológico cobra las proporciones de una interpretación de la historia universal. Ferguson sucumbe a ese riesgo: «El mundo no está ordenado por la divinidad –dice–, ni gobernado por la Razón, la lucha de clases o cualquier otra ley determinista. Lo único que podemos decir con certeza es que está condenado a un progresivo desorden

38 «La historia virtual...» (final), *op. cit.*, pág. 6.

39 Cit. por VARGAS, *ibid.*, pág. 7.

40 Cit. por VARGAS, *ibid.*, pág. 6.

41 Ferguson, cit. por VARGAS, *ibid.*, pág. 7.

42 El clásico manual *El conocimiento histórico* de MARROU defiende mesuradamente lo contrafactual: «[Raymond Aron] tiene razón, en especial, contra los hegelianos que, en nombre de la racionalidad de lo real y de la necesidad que de ella deriva, rechazan como ilógica y antihistórica toda suposición acerca de 'lo que habría podido ser de otro modo'. Es vano, sin duda, imaginarse laboriosamente, como lo hace Renouvier en su *Ucronia*, 'el desarrollo de la civilización europea de un modo distinto del que ha sido: tal como habría podido ser', pero, por otro lado, es un hecho que 'todo historiador, para explicar lo que ha sido, se pregunta sobre lo que habría podido ser'. Ante una situación histórica, evocamos sus diversos antecedentes (o sus secuelas) y, después, con el pensamiento, vamos cambiando alternativamente unos y otras, tratando de imaginar cada vez lo que sería el resultado. De esta suerte nos hacemos una idea sobre la relativa eficacia de las distintas 'causas' que entraron en juego: la experiencia mental reemplaza a la imposible experiencia de laboratorio. Pero ¡su carácter de ficción afecta por desgracia al alcance de sus conclusiones!» (pág. 133).

43 No se olvide que el mismo Niall Ferguson es oficialmente Professor of Political and Financial History ni que su mayor producción bibliográfica se ubica en los predios de la historia económica.

por entropía»<sup>44</sup>. Verdaderamente, la única forma de llegar a este juicio panorámico es la misma altura suprahistórica desde la cual se lanzan esas concepciones deterministas que se quieren rechazar. De súbito, la historiografía contrafactual deviene una *filosofía de la historia contrafactual*. El término *entropía*, además, sugiere no sólo el simple desorden –lo imprevisible e *indeterminable*– sino también una probable *medida* del desorden<sup>45</sup>. De modo que la postura fergusoniana revela, de nuevo, su contradicción interna, relacionada con una actitud contra el determinismo que mantiene los conceptos de éste sobre la realidad hu-

mana, quedando como una reacción *dentro* del mismo dominio determinista y no como una respuesta radical que sólo cabría esbozar fuera de este marco conceptual científicista.

Como enseñan los avatares de la ciencia moderna, el misterio y la incertidumbre son ingredientes inextirpables de todas las realidades, incluida la humana, salvo al precio de su distorsión. En cualquier caso, el contrafactualismo es actualmente sólo una moda aunque, como todo lo pasajero, también algo de lo cual debe tomarse lo mejor. ■

---

44 Cit. por VARGAS, *ibid.*, pág. 8.

45 «¿Contingencia o fatalidad? ¿Causas profundas o azarosas vicisitudes? Visto una vez más el carácter ficticio de las operaciones mentales con las que, sopesando el pro y el contra, elegimos entre las distintas interpretaciones posibles, ¿cómo no percibir la incertidumbre, la gratuidad fundamental de toda solución elegida?» (H.-I. MARROU, *op. cit.*, pág. 139).